

Lecturas:

Sal. 92; Jer. 8:4-12; Ro. 9:30-10:4; Lc. 19:41-48

Jesús,
Cap. Manda,
Hohenau.**“El Reformador Jesucristo”**

(Lc. 19:41-48)

El Reformador Jesucristo expulsó a los vendedores del templo (vv. 45-46)

“Según la costumbre judía, durante la celebración de la pascua, cada familia mandaba sacrificar un cordero y se lo comía. Así recordaban la salvación de Dios cuando rescató a los esclavos hebreos de Egipto en los días del éxodo. Moisés había ordenado que cada año todo el pueblo de Israel celebrara la pascua. Así todos recordarían que pertenecían a un pueblo que había sido librado de la esclavitud” (Blank, “Juan”, San Luis: Ed. Concordia, 1999, p. 62).

“¿Qué encontró Jesús cuando fue a celebrar la pascua en el templo de Jerusalén? Encontró que la parte del templo conocida como el patio de los gentiles no era más que un mercado, en el cual los comerciantes, patrocinados por el sumo sacerdote Caifás, explotaban al pueblo, cobrando precios exagerados por los corderos y otros animales de sacrificio. En el templo no se aceptaban monedas que llevaran la imagen de los diferentes dioses paganos, por consiguiente, los peregrinos que venían de diferentes partes del mundo tenían que cambiar sus monedas para que pudiesen pagar por sus ofrendas al templo. Esto daba a los cambistas una buena ganancia, que compartían con los sumos sacerdotes” (p. 63).

“Los sumos sacerdotes y sus cómplices eran ladrones, no sólo porque con sus extorsiones chupaban la sangre de los pobres, sino también porque se habían apropiado del patio de los gentiles para su uso. Tal usurpación era inaceptable porque en el segundo templo Dios había apartado aquel patio como el sitio en el cual los no judíos podrían llegar a conocer la palabra del Señor. Los sacerdotes del templo debían haberse ocupado de enseñar la palabra de Dios a los gentiles. En lugar de eso, consideraban a los extranjeros indignos de la salvación. Creían que sólo los miembros del pueblo de Israel merecían heredar el reino de Dios, y por eso les quitaron a los gentiles aquella parte del templo. Así, el templo no llegó a ser casa de oración para todas las naciones... Por medio de este relato [Jesús llama] a la comunidad cristiana, que es el nuevo templo del Señor, para que no se convierta en una nueva cueva de ladrones” (p. 64).

Como su actitud de “reformador”, es decir, como alguien que quiere que las cosas vuelvan a su contenido y su forma original, “Jesús expulsó a los comerciantes del templo porque quería purificarlo para que volviera a desempeñar la función para la cual originalmente había sido construido” (p. 64). “Jesús, al volcar las mesas y esparcir las monedas, está anunciando: ‘Así, en poco tiempo será destruido este templo, volcados sus altares y saqueadas sus riquezas’... (Recordemos que el templo en Jerusalén fue destruido por el ejército romano de Tito en el año 70 d.C.)... Esta acción simbólica... fue una de las razones que llevó a los judíos a condenarlo a muerte” (p. 65, 66).

El Reformador Jesucristo enseñó al pueblo (vv. 47-48).

“Jesús dio a entender que todo el sistema de ritos y sacrificios en el templo no es necesario para reconciliar a la humanidad con el Padre. Jesús reemplaza todo el sistema sacrificial con su sacrificio en la cruz. La cruz y la resurrección de Jesús hacen innecesarios los miles de sacrificios que se ofrecían todos los años en el templo... Su muerte en la cruz es un sacrificio más eficaz que el sacrificio de todos los corderos pascuales de todos los tiempos... La resurrección de Jesús de entre los muertos elimina la necesidad de cualquier técnica religiosa que tiene como fin asegurar la vida eterna... Los sacrificios de ovejas, bueyes y palomas en el Antiguo Testamento solamente sirvieron para aguantar y refrenar la ira de Dios hasta que viniera aquel que ofrecería el sacrificio perfecto y definitivo. Los sacrificios del Antiguo

Testamento fueron un remedio provisional hasta que viniera aquel que ofrecería un sacrificio por los pecados del mundo, una vez para siempre (Heb. 10:10-12)... Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (pp. 65-66).

Esta es la enseñanza del “reformador Jesucristo” al pueblo, que resultaba peligrosa para los líderes religiosos. Porque Jesús viene a restaurar la adoración de Israel, poniéndose él mismo, su cuerpo y su sangre, y su Palabra, como centro de la adoración, y ya no más los sacrificios de corderos ni el templo físico. Con su actitud reformadora, Jesús se presenta como alguien que detesta cuando el hombre usa el nombre de Dios y el lugar de culto para establecer sus propias tradiciones humanas como el asunto central, y para establecer al dinero como instrumento de salvación, cambiándose así la adoración a Dios por la adoración al “becerro de oro” (Éx. 32) .

En este sentido, hay un gran parecido entre Jesucristo y Martín Lutero. Como reformador, Lutero no hizo más que seguir a su Señor y Maestro Jesucristo, aquel 31 de octubre de 1517 en Wittenberg. Clavó 95 Tesis en la puerta de la iglesia condenando el comercio de indulgencias que se había establecido en la iglesia de su tiempo, porque despojaban al pueblo del consuelo, el perdón y la vida eterna que ofrece Dios en su Hijo Jesucristo, mediante la Palabra y los Sacramentos. Al igual que Jesucristo con los líderes de Jerusalén, Lutero condenó el chantaje y la mentira de los líderes religiosos de Roma. Así, el movimiento de la Reforma fue el llamado de vuelta al arrepentimiento, a un pueblo cristiano que ya no recordaba las enseñanzas básicas de la fe que decían confesar, y que había depositado la fe en sus propias ofrendas y sacrificios para la salvación.

Retumban en nuestros oídos las palabras proféticas del reformador Jesucristo: “Mi casa es casa de oración, más vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Lc. 19:46). Hoy día, mirando al cristianismo todo, en general, mirando las prácticas y costumbres en las iglesias, nos preguntamos otra vez: ¿Sería conveniente una reforma en el cristianismo todo? Un ejemplo les doy: En un canal de televisión, de cuyo nombre no quiero acordarme, esta semana escuché: “Pase al frente, o bien llame al teléfono en pantalla, y haga un pacto con el Espíritu Santo”, y acto seguido aparecía el número telefónico de un banco reconocido. ¿Yo haciendo un pacto con Dios a través de dinero? ¿Dónde quedo la buena noticia de Jesús en este caso? Engañan, mienten a la gente, pero ellas no se dan cuenta, porque ignoran la Palabra de Dios. Es por eso que Jesús llora por la iglesia, que es la nueva Jerusalén, porque en general el cristianismo se aparta cada día más de la Palabra de Dios, y por el juicio que se viene sobre la iglesia (Lc. 19:41-44; 1 Pe. 4:17). Más Gracias a Jesús, que él en la Santa Cena nos sigue recordando: “Esto es mi sangre del Nuevo Pacto, derramada por vosotros para el perdón de los pecados”. Es Jesús, por su propia sangre, y no nosotros con nuestro dinero, quien hace el Pacto. El Pacto de morir por nuestros pecados, y de salvarnos por amor en la cruz, para que recibamos de Él perdón de los pecados y vida eterna.

Por eso, la respuesta es concluyente: la iglesia toda debería estar siempre en reforma, siempre revisando internamente sus actitudes frente a Dios y su santa Palabra. El dinero en la iglesia, ¿a qué se destina, para qué se usa? ¿Estoy ofrendando de corazón, de gratitud a Dios? ¿O será más bien que con el dinero intento chantajear a Dios? ¿Incurrimos en el pecado de no querer ofrendar, conforme a nuestras posibilidades, para el reino de Dios, porque prevalecen nuestros propios deseos egoístas, nuestra propia avaricia? ¿Será que nos hemos concentrado demasiado en nuestros propios sacrificios personales, y nuestro propio esfuerzo, en vez centrarnos cada vez más en la gracia de Dios, en agradecerle por el sacrificio de su Hijo en la cruz? ¿Qué cosas debo expulsar de mi propia vida, que están interponiéndose a la voluntad de Dios? ¿Qué debo purgar de mi corazón, en arrepentimiento sincero, no sea que por mi propia culpa eche a perder la salvación que el Señor me regala? ¿Qué cosa debo barrer, quitar, en mi propia casa, en mi propia familia, que impiden que destinemos tiempo para orar y escuchar la Palabra de Jesús? “Mi casa será casa de oración”, dice el Señor. Haz de tu casa también una “casa de oración” para que Jesús con su Palabra tenga lugar en tu mesa y en tu familia. Amén.